

## **OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS A PARTIR DE LA CRISIS: UNA MIRADA DESDE AMÉRICA LATINA**

**José Luis Machinea**

Cátedra Raúl Prebisch, Universidad de Alcalá de Henares

Si bien hay dudas e incertidumbres que están lejos de haber sido resueltas, como aquellas vinculadas con la debilidad del sistema financiero, es razonable esperar que la economía mundial comience a recuperarse en el cuarto trimestre de 2009, o sea, antes de lo que se preveía hasta hace pocos meses. ¿Quiénes liderarán ese proceso? Por cierto no Europa, ni Japón, sino Estados Unidos y China.

Las razones principales son dos: a) Estados Unidos y China han sido más activos que los demás países en políticas de demanda, ya sea en el plano monetario o en el fiscal y b) ambas economías son más flexibles que las de los países europeos y la de Japón.

La crisis del centro tendrá su impacto en el mundo en desarrollo, que reducirá sensiblemente su ritmo de crecimiento. En América Latina es de prever una caída del producto de alrededor del 1,5-2,0%. México será la economía donde la caída de la actividad será mayor: no menos del 6%. Más allá de algunos problemas en el manejo de la política económica, el desplome de México se explica por ser la economía de la región más afectada por la fuerte disminución de la demanda internacional: turismo, remesas, exportaciones industriales y reducción de los términos del intercambio. A ello hay que agregarle la disminución de la inversión extranjera y la gripe porcina. Casi las siete plagas de Egipto pero en un país latinoamericano.

El impacto de la crisis en la región dejará huellas indelebles en términos de aumento del desempleo y la pobreza. Asimismo, las remesas, el turismo y las inversiones extranjeras, tardarán en recuperarse. Las razones deben buscarse en una muy lenta recuperación del empleo en el mundo desarrollado (con consecuencias sobre las remesas y el turismo), en una previsible disminución de las pensiones como consecuencia de la caída en el precio de los activos que tenían los fondos de pensiones (turismo), en elevada incertidumbre (turismo e inversiones extranjeras) y en una alta capacidad ociosa (inversiones extranjeras). Asimismo, es difícil prever una fuerte recuperación de las exportaciones de manufacturas, tanto por el ritmo de crecimiento previsto, como por las señales de un aumento del proteccionismo en el Norte.

Sólo cabe esperar una recuperación del precio de algunas *commodities*, tendencia que ya ha comenzado a observarse. En parte, ello es consecuencia de expectativas de recuperación de la demanda que llevan a aumentar inventarios a “bajos precios”. En el caso de los alimentos, y a diferencia de lo ocurrido en la crisis de la década del treinta, el mantenimiento de precios relativamente elevados, al menos en comparación con los de los últimos años, se explica porque durante los años treinta el aumento de la hambruna fue generalizado, alcanzando al mundo desarrollado, mientras que ése no parece ser un escenario previsible en la actualidad. La explicación debe buscarse en los actuales mecanismos de protección social en los países desarrollados y en la menor caída del producto, junto con las redes de ayuda social en muchos países en desarrollo. Ello evitará, al menos por un tiempo, una fuerte reducción en la demanda de alimentos.

Los mayores precios de los productos de exportación tendrán un impacto positivo en varios países de América del Sur, pero no necesariamente en los de América Central, en especial como consecuencia del aumento en el precio del petróleo.

En síntesis, todo parece indicar que en América Latina la recuperación difícilmente llegue antes del año próximo, aunque puede preverse una más rápida salida de la crisis en casos puntuales que, básicamente, estará relacionada con una mejor situación previa y con el precio de ciertas *commodities*. En cualquier caso, todavía tenemos

por delante no menos de doce meses complicados, en términos de aumento del desempleo y de la pobreza.

Cabe preguntarse cuáles son las expectativas para el mediano y largo plazo. Obviamente ello dependerá en gran medida de lo que hagamos los latinoamericanos. Sin embargo, es innegable que el contexto internacional tendrá una considerable influencia. Por esa razón, en lo que sigue especularemos sobre ese escenario internacional y su previsible impacto en la región. En particular, es relevante analizar en qué medida las previsiones cambian las tendencias que se observaron en los años previos a la crisis. Hay cinco temas que vale la pena explorar: 1) a qué ritmo crecerá el mundo; 2) qué pasará con el comercio; 3) cuál será la región más dinámica; 4) cuáles serán las principales características de la estructura productiva mundial; y 5) cuáles las oportunidades asociadas con el cambio tecnológico. Obviamente cada uno de estos temas merecería un artículo específico; por ello, en lo que sigue echaremos una mirada fugaz sobre cada uno de ellos.

Con respecto al primer punto, el mundo crecerá a un ritmo menor que en el pasado reciente, pero probablemente con menos sobresaltos. Las razones de este menor crecimiento deben buscarse en cuatro factores: a) menor expansión del crédito, por las nuevas regulaciones y en particular por la mayor exigencia de capital para el conjunto del sistema financiero, b) tasas reales de interés más elevadas como consecuencia del aumento de la deuda pública, en un contexto de una todavía elevada deuda privada, c) menor crecimiento de la inversión por la incertidumbre asociada con la ruptura de la “normalidad” en el ámbito macroeconómico, algo inusual en el mundo desarrollado, y d) importancia creciente tanto de las consecuencias del cambio climático como del medio ambiente en general. Decimos “con menores sobresaltos” porque ello será, al menos parcialmente, resultado de un sistema financiero más controlado y, por lo tanto, con menos “exhuberancia irracional”.

En segundo lugar, creemos que en la medida en que la economía mundial se recupere relativamente rápido, los brotes proteccionistas de los últimos meses tenderán a reducirse, por lo que el comercio volverá en dos o tres años a crecer a tasas más eleva-

das que la demanda mundial. En tercer lugar, “Asia en desarrollo” seguirá siendo la región más dinámica en términos de crecimiento de la economía mundial, aunque su crecimiento tenderá a basarse algo más en el mercado interno que en el pasado reciente. Hay dos razones para ello: a) las tensiones internas, en especial en China, que requieren políticas destinadas a mejorar la protección social y aumentar el consumo, y b) la incertidumbre sobre la evolución de la economía mundial que haría extremadamente riesgosa una estrategia excesivamente basada en el mercado externo.

En lo que respecta a la estructura productiva a escala global, es razonable prever que dos de los rasgos que la caracterizaron en los últimos años —la concentración económica y la descentralización geográfica— sigan siendo dominantes, aunque el ritmo será algo distinto. En particular, si bien los factores que explican la concentración —o sea, las economías de escala asociadas con los gastos de comercialización, incluyendo el posicionamiento de una marca, y con los gastos de investigación— seguirán siendo rasgos características de la estructura productiva, el acceso al crédito será menor, y sin crédito difícilmente haya megafusiones.

Por último, cabe esperar un acelerado cambio tecnológico en los próximos años. Al dinamismo de las tecnologías de la información, incluyendo su “masiva llegada” a los países en desarrollo, cabe agregar que el mundo está en presencia de una nueva revolución tecnológica asociada con la biotecnología, la nanotecnología y las energías renovables. Estas tecnologías tienen la característica de que son transversales a todos los sectores y que en muchos casos requieren de una adaptación para su aplicación a las realidades locales.

No se nos escapa que algunas de estas previsiones pueden ser vistas como relativamente optimistas y, en particular, que los riesgos de un escenario más desfavorable siguen siendo considerables. Además, vale la pena enfatizar que tanto las remesas como el turismo, dos variables muy dinámicas en los últimos años, tardarán en recuperarse. Por otra parte, la recuperación de algunos países de la región depende del apoyo crediticio de los organismos internacionales, que si bien ha mejorado su comportamiento, todavía no muestra la dinámica necesaria.

Sin embargo, un escenario como el descrito nos parece bastante probable. Permítasenos, entonces, explorar cuáles son las consecuencias para América Latina que resultan de este contexto internacional y cuáles son los caminos posibles. En primer lugar, el restablecimiento del crecimiento, aunque a tasas inferiores al pasado reciente, y el dinamismo de “Asia en desarrollo” hacen prever un aumento paulatino de las exportaciones de manufacturas y elevados precios para los bienes primarios. Estos precios serán superiores a los de las últimas dos décadas, pero inferiores a los del primer semestre de 2008.

En segundo lugar, el comercio mundial volverá a ser una oportunidad y ello implica la necesidad de que las empresas nacionales entiendan que es crecientemente difícil ser un actor dinámico en el comercio mundial sin formar parte de una cadena de valor a escala global. A partir de allí, se abrirá la posibilidad de escalar en esa cadena a través de la innovación, ya sea en procesos, productos, en comercialización o en la organización. Obviamente, sería muy funcional a esa estrategia de inserción internacional que los latinoamericanos pudiéramos profundizar la integración productiva mediante la formación de cadenas regionales.

Habrá oportunidades tanto en el consumo masivo como en nichos asociados con ingresos altos y una demanda sofisticada. Por último, habrá cada vez mayores posibilidades de agregar conocimiento en casi cualquier sector de actividad, por lo que la estructura productiva de la región no puede ser una excusa para no aumentar la productividad y mejorar la inserción internacional.

Es probable, por lo tanto, que haya una nueva oportunidad para la región. Para aprovecharla, los países de América Latina tendrán que hacer algo más que mantener una razonable situación macroeconómica. Se requiere de una estrategia, de un proyecto de país que, para ser sostenible en el tiempo, debe ser el resultado de consensos que requieren de la participación de los actores clave: los empresarios y los trabajadores. Esos consensos ayudarán a tener gobiernos previsibles y a elaborar programas y políticas duraderos que incentiven la inversión, prioricen la innovación y permitan agregar valor y conocimiento a la producción regional.

Pero además de una estrategia de mediano y largo plazo, se requiere de otros elementos para que la innovación sea el factor dinámico de aumento de la productividad. En particular, no habrá innovación si se cree que innovar es meramente tener un Ministerio de Ciencia y Técnica y no crear un verdadero sistema nacional de innovación; si no hay incentivos para las empresas emprendedoras; si no hay reformas que mejoren la calidad de la educación, enseñando a aprender, a plantear y resolver problemas, y a trabajar en equipo; sin maestros y profesores capacitados para el siglo XXI; sin ofrecer incentivos para la formación de ingenieros y técnicos; si los investigadores no tienen incentivos para relacionarse con las empresas de manera de acelerar el progreso técnico en la producción de bienes y servicios.

En un contexto en que la competencia será cada vez más intensa, ya que varios países han entendido que éste es el rumbo, el desafío es formidable. Y para hacerlo todavía más imponente, recordemos que no puede haber reglas estables si no nos ocupamos de una demanda imperiosa de la región, como es la de la reducción de la pobreza y la inequidad; es decir, si no somos capaces de mejorar la cohesión social. ¿Seremos capaces esta vez de crecer con equidad? Llenar ese “casillero vacío” no ha sido hasta ahora posible en América Latina. La tarea es difícil, pero es posible. De nosotros depende.

Alcalá de Henares, junio de 2009